

VIERNES DE LA IV SEMANA DE CUARESMA

Juan 7, 1-2. 10. 25-30

En aquel tiempo, recorría Jesús Galilea, pues no quería andar por Judea porque los judíos trataban de matarlo. Se acercaba la fiesta judía de las Tiendas. Una vez que sus hermanos se hubieron marchado a la fiesta, entonces subió él también, no abiertamente, sino a escondidas. Entonces algunos que eran de Jerusalén dijeron: «¿No es este el que intentan matar? Pues mirad cómo habla abiertamente, y no le dicen nada. ¿Será que los jefes se han convencido de que este es el Mesías? Pero este sabemos de dónde viene, mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde viene». Entonces Jesús, mientras enseñaba en el templo, gritó: «A mí me conocéis, y conocéis de dónde vengo. Sin embargo, yo no vengo por mi cuenta, sino que el Verdadero es el que me envía; a ese vosotros no lo conocéis; yo lo conozco, porque procedo de él y él me ha enviado». Entonces intentaban agarrarlo; pero nadie le pudo echar mano, porque todavía no había llegado su hora.

Hoy vemos a Jesús enfrentándose a la incredulidad y la confusión de aquellos que lo rodean. A pesar de los desafíos y las adversidades, Jesús se mantiene firme en su misión, revelando la verdad y manifestando el plan y el amor de Dios.

Al principio, vemos cómo Jesús decide no mostrar públicamente su presencia en Judea debido a la hostilidad de los judíos que buscaban matarlo. Sin embargo, a pesar de las circunstancias desafiantes, Jesús no se retira del cumplimiento de su misión.

Luego, vemos que Jesús finalmente decide presentarse en público, enseñando en el templo. Su enseñanza provoca un debate entre la multitud, algunos lo reconocen como el Mesías, mientras que otros lo cuestionan y desconfían de él.

En el diálogo posterior, Jesús desafía a la multitud a examinar sus propias motivaciones y a buscar la verdad. Él les insta a no juzgar según las apariencias, sino a juzgar con justicia. En medio de la confusión y la incredulidad, Jesús sigue proclamando la verdad y llamando a la fe en él como el Hijo de Dios.

En este pasaje vemos la importancia de permanecer firmes en nuestra fe, incluso en medio de la oposición y la confusión que puedan surgir a nuestro alrededor. Al igual que Jesús, debemos perseverar en nuestra misión de proclamar la verdad del Evangelio y vivir según los principios del Reino de Dios.

Pidamos a la Virgen María y a San José, que nos inspiren a confiar en Dios en medio de las dificultades, siendo testigos valientes de su amor y de su verdad en un mundo que está tan confundido, y que en el fondo, anhela testigos vivientes y firmes de la verdad, que les dé criterio, que les dé motivos para seguir esperando, superando miedos y desánimos.

En esta Eucaristía, el mismo Señor va a fortalecer nuestra fe. Él es el guía certero de nuestro camino, ahora y siempre.